

LA TUMBA DE LEONOR O LAS TRAPISONDAS DE LA HISTORIA

A mediados del mes de julio de 1965 pasamos por la “fría y pura” ciudad de Soria. Proyectamos entonces visitar la tumba de Leonor, la esposa-niña de Antonio Machado. Mucho habíamos hablado ya con amigos y colegas en torno a la ubicación precisa de esa tumba; ninguno había dado con ella. Decidimos, no obstante, subir “al alto Espino”, con la esperanza de encontrarla. Caminamos largamente por el viejo camposanto, deambulando entre muy diversos monumentos funerarios. Ninguna indicación había en aquel entonces que pudiera encaminar hacia la tumba de Leonor, ni nadie en el cementerio conocía su situación exacta. Parecía el nuestro empeño inútil, y cuando ya, desanimados, estábamos a punto de abandonar la búsqueda, una inesperada “llamada” guió nuestros pasos hacia un rincón apartado: ¡allí estaba! Cubría la fosa una sencilla lápida, cuya inscripción, puesta al pie de una sobria cruz lineal, decía escuetamente: “Leonor Izquierdo / de Machado / ★ 12 - 6 - 1894 / † 1° - 8 - 1912 // Antonia Izquierdo de Cruz / ★ 17 - 5 - 1905 / † 6 - 12 - 1943”.

Allí estaba la malograda Leonor, junto a su hermana pequeña, de vida también tempranamente truncada. Se nos vino a la memoria el poema de Machado:

Abril florecía
junto a mi ventana.
Entre los jazmines
y las rosas blancas
de un balcón florido
vi las dos hermanas.
La menor cosía,
la mayor hilaba...

.....
Fue otro abril alegre
y otra tarde plácida.

El balcón florido
solitario estaba...
Ni la pequeñita
risueña y rosada,
ni la hermana triste,
silenciosa y pálida...

Años después, en julio de 1992, volvimos a pasar por Soria, y decidimos subir de nuevo al cementerio del Espino, en reiterado homenaje a la tierna Leonor. No tuvimos entonces que esforzarnos por recordar en qué sector del camposanto estaba su tumba: desde la entrada misma del cementerio —¡oh milagro de la industria turística!— sucesivos cartelitos señalaban el camino con inequívocas flechas y la breve leyenda “A la tumba de Leonor”. Llegamos rápidamente a ella y no pudimos dar crédito a lo que nuestros ojos nos permitían ver: la lápida original había sido sustituida por otra —sin duda, fraudulenta—, de muy distinta inscripción. Al pie de un recargado adorno funerario, podía leerse lo siguiente: “D. E. P. / Doña Leonor Izquierdo / de Machado. / † 1 agosto 1912”. / Y en letras de mayor tamaño, la sorprendente dedicatoria: “A LEONOR / (de) / ANTONIO”.

No sabemos, ni nos interesa saber, qué gobernador o gobernante, alcalde o autoridad cultural o administrativa, haya sido el responsable de tan sorprendente sustitución. No sabemos tampoco dónde habrán quedado los despojos mortales de la hermana de Leonor. ¿Seguirán reposando aún junto a los de la esposa de Machado o habrán sido también removidos de la tumba a la par que la lápida original y legítima? Lo que sí pensamos es que la autoridad responsable de la suplantación lapidaria no obró así a petición o por encargo, desde el más allá, del gran poeta español. Queremos creer, también, que actuó tan torpemente impulsada por la mejor intención imaginable. Pero alterar los hechos arbitraria y frívolamente es un injustificado atentado contra la Historia, no por innecesario y torpe, menos frecuente en tantas otras ocasiones.

